

# Fontana de secretos

La Romántica



**Josie Litton**  
Fontana de secretos  
*Trilogía Fontana II*

Traducción de Berta Melier

 Planeta

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Fountain of Secrets*

© Josie Litton, 2003

© por la traducción, Berta Melier, 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,  
División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Bogna Kuczerawy

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2010

Depósito legal: B. 12.932-2010

ISBN: 978-84-08-09317-6

Composición: La Nueva Edimac, S. L.

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

## Biografía

Josie Litton vive en Nueva Inglaterra (Estados Unidos) con su marido, sus hijos y sus mascotas, aunque su imaginación puede encontrarse en el Londres del siglo XIX o en la Noruega del siglo IX. Es una prolífica autora que ha escrito decenas de libros bajo diferentes seudónimos, como por ejemplo Maura Seger, Jenny Bates, Sara Jennings, Anne MacNeil o Laurel Winslow. En 1983 ganó el premio RITA a la mejor novela romántica por *Defiant Love*. Tras el éxito obtenido por la *Trilogía de Ákora*, compuesta por *La isla de los sueños*, *El reino de la Luna* y *Castillos en la niebla*, Booket publica a lo largo de 2010 una nueva saga, la *Trilogía Fontana*, integrada por los títulos *Fontana de sueños*, *Fontana de secretos* y *Fontana de fuego*, y protagonizada por una nueva generación de akoranos y akoranas en los mismos escenarios de leyenda.



*A quienes me habéis escrito para contarme la cantidad de mensajes de correo electrónico que habéis dejado sin responder, las coladas a mitad de hacer y las noches que habéis pasado en vela por hallaros inmersos e inmersas en el mundo que viaja de mi imaginación a la vuestra.*

*Gracias,*  
JOSIE



## Capítulo uno

*Verano de 1837*

Gavin Hawkforte estaba arrastrando el bote por encima de la línea de la marea cuando de pronto se detuvo y se irguió para mirar a su alrededor. A pesar de hallarse en una orilla desierta situada a kilómetros de distancia de cualquier forma de vida humana, tenía la sensación de que alguien lo observaba, un repentino presentimiento que alertó todos sus instintos e hizo que se llevara la mano a la empuñadura de la daga sujeta en su cintura. Sin embargo, no había nadie a la vista aquel trecho de playa bañado por la luz reverberante del sol de mediodía.

Con el torso al descubierto, ataviado apenas con la falda blanca plisada propia de los guerreros akoranos, acabó de amarrar el bote y se incorporó para estirarse y liberarse así del agarrotamiento producido por el largo rato que había tenido que remar desde la isla vecina. No soplaba viento aquel día. El aire se mantenía inmóvil y pesado en Deimos y sobre toda Ákora: el reino fortaleza envuelto en halos de leyenda y misterio que él, aun siendo el heredero de un título nobiliario en Inglaterra, consideraba su verdadero hogar.

En cualquier caso, aquellos pensamientos deberían esperar a otro momento. La playa perfilaba una curva dorada que acariciaban las aguas azul celeste del mar Interior. Entre las palmeras crecían matorrales bajos y arbustos repletos de rojizas flores de hibisco. Era una vista hermosa que no traslucía la temible historia de aquel lugar.

Descalzo como estaba, con un par de palos de madera demasiado grandes para meter en la bolsa donde guardaba el equipo, Gavin echó a andar playa arriba. Al llegar a la línea de los árboles, se detuvo para calzarse las sandalias antes de retomar la caminata. El terreno no tardó en volverse pedregoso, lleno de salientes de una basta roca negra que parecía haber sido extraída directamente de la tierra, como así era.

Se volvió por un instante y, una vez más, recorrió la playa con sus ojos color avellana. La orilla de Fobos, de la que había partido, apenas se adivinaba a lo lejos; tras ella, alcanzaba a distinguir la masa difuminada que correspondía al istmo de Tarbos. Las tres pequeñas islas del mar Interior eran todo lo que quedaba del corazón sumergido de Ákora, los restos de una noche de fuego y terror de hacía miles de años, cuando una explosión volcánica desgajó la isla: un desastre, una desgracia, que, con todo, había generado el mundo que él conocía y amaba; el mundo que tenía bajo sus pies, al alcance de su mano; el mundo que temía perder.

De repente lo embargó otra vez la inquietante y extraña sensación de que alguien lo espiaba. Se quedó inmóvil y miró en vano a su alrededor. La molestia se tornaba incomodidad. Gavin llevaba varios meses preocupado, pero eso no era excusa para que su mente le

hiciera tener visiones. Cuanto antes se pusiera a trabajar, mejor.

Si el mapa era correcto, la entrada más cercana a las cuevas se situaba a lo largo de un camino que, invadido por la maleza, se prolongaba ante él. Parecía que nadie lo hubiera hollado en años, algo que no le sorprendía. En Deimos no vivía nadie, y tampoco tenía motivos para ir allí; al menos así había sido hasta entonces.

Las cuevas abundaban en aquella isla, aunque muchas eran ya inaccesibles porque sus entradas habían quedado selladas durante el conflicto que había estallado allí veinticinco años antes. Sus padres y otros miembros de su familia se habían visto envueltos en un enfrentamiento y habían sido afortunados al sobrevivir. Si la información de la que disponía era cierta, sólo quedaba un puñado de accesos aún practicables. Debía confiar en que se dirigía a uno de ellos.

Algo más adelante, el camino se bifurcaba en un ramal que se perdía en la lontananza hacia el oeste. Gavin consideró la posibilidad de desviarse por el sendero que se separaba, pero continuó caminando por el principal hasta que de pronto se detuvo y miró hacia atrás. Le había parecido ver que los matorrales que crecían junto al desvío estaban pisoteados. Tres días antes había llovido intensamente y había soplado un fuerte viento en dirección oeste, por lo que esas marcas que tenía ante sí debían de ser más recientes.

¿Se trataría de algún animal? Se inclinó en busca de alguna huella de pezuñas o de patas que pudiera haber, pero no logró dar con ellas. Quizá debería haber prestado más atención a los expertos rastreadores que formaban parte del entrenamiento guerrero en lugar de

haber pasado todo el tiempo luchando y construyendo ingenios de asalto.

Consciente de que podía haber en la isla algo de gran tamaño y tal vez peligroso, Gavin retomó la marcha. Iba bien armado y confiaba en que sabía cuidar de sí mismo. Lo que le preocupaba en aquel momento era la seguridad de los otros, de muchos otros. Cuando ya estaba cerca de la entrada a las cuevas, se detuvo y descargó su equipo. Extrajo los instrumentos y fue colocándolos uno a uno en el suelo, a su lado, siempre vigilante ante cualquier sonido, movimiento o cualquier otra señal que pudiera justificar la sensación que lo asaltaba.

La bolsa ya estaba vacía cuando oyó un crujido detrás de él, a su izquierda. Lo habría atribuido al viento, pero no soplaban ni la más leve brisa. Se mantuvo de espaldas al sonido pero desenvainó la hoja de su espada. De tratarse de un animal que esperara el momento para saltar, la bestia se encontraría con una desagradable sorpresa. Sin embargo, al no ser atacado, Gavin se dio media vuelta y rastreó la zona que rodeaba la cueva. Aunque no vio nada, se fijó en varios pedruscos de gran tamaño y unos árboles que podían servirle para esconderse.

Envainó la espada y volvió a centrarse en el trabajo que había iniciado, aunque sin dejar de mantenerse vigilante. Decidió empezar a medir directamente delante de la cueva. Levantó y fijó los palos, cuya altura conocía con precisión; dio un paso atrás, ajustó el sextante que había llevado consigo y estudió con detenimiento la cumbre de la colina que se alzaba sobre la cueva. Apuntó el dato en un cuaderno de notas y midió todo de nuevo para asegurarse.

Mientras estaba ajustando los palos, notó otro fugaz movimiento y le pareció ver algo. No estaba seguro, pues el sol le daba justo en los ojos. Todo lo que pudo distinguir fue una forma de aspecto humano, delgada y ágil, que parecía haberse asomado y vuelto a esconderse en el mismo instante. No se trataba de un animal, sino de una persona. Un chico, quizá, a juzgar por su tamaño. ¿Qué estaría haciendo en Deimos?

Gavin volvió a fijar los palos y, con cuidado, guardó en la bolsa el sextante, aquel preciso instrumento. Una vez hubo terminado, dijo en voz alta:

—Sé que estás ahí. Da la cara. —Al no obtener respuesta alguna, añadió con más severidad—: Es deshonoroso agazaparse entre los matorrales.

Nada aún. Gavin tomó la palabra de nuevo, aunque esta vez advirtió:

—¿Acaso quieres que te tome por un enemigo?

Por un momento creyó que su pregunta sería ignorada, pero entonces, a unos nueve metros de distancia, apareció una figura tras una roca saliente. Aunque Gavin se protegió la vista del sol, sólo logró distinguir que el intruso era esbelto y algo menor de un metro ochenta, que se cubría con una túnica y que iba pertrechado con un arco. ¿Había sido aquella persona tan perspicaz como para situarse de espaldas al sol? Si alcanzaba la edad para haber recibido el entrenamiento guerrero, como lo sugería su altura, sin duda conocería tácticas como aquella. Ahora bien, ¿por qué usarlas contra un paisano akorano?

El muchacho dio un paso al frente con la cabeza bien alta y sin mostrar miedo alguno.

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Gavin frunció el ceño. Esa voz no encajaba con el muchacho que creía estar viendo, parecía más bien pertenecer a un chico mucho más joven que no podía haber alcanzado aún aquella estatura y, menos aún, aquella seguridad.

Un chico más joven o...

¿Una mujer?

—Deshazte de tu espada —lo conminó.

No había error esta vez; estaba hablando con una mujer, a pesar de que lo que le decía no tuviera sentido. Ningún hombre permitiría que una mujer lo desarmara.

El arco permanecía alzado, eso sí podía verlo. Y debía suponer que había también una flecha.

—Deshazte de tu espada —volvió a indicar la desconocida. Hablaba con claridad y firmeza, sin atisbo de temor.

No lo haría, maldita fuera. De hecho, maldecir era todo lo que podía permitirse como reacción para no desenvainar. Tenía que recordarse a sí mismo que se trataba de una mujer y que, por ello, según el más sagrado de los credos akoranos, nunca debía ser dañada, así que se armó de paciencia y respondió:

—¿Y qué harás si me niego? ¿Dispararme?

La flecha le pasó silbando junto al hombro, apenas a unos centímetros de distancia, antes de golpear el suelo. Y en menos de lo que dura un latido la mujer ya había preparado otra y estaba lista.

—Que sepas que yo no fallo —aclaró—. Eso ha sido una advertencia. Deshazte de tu espada.

—Esto es ridículo. —Gavin estaba realmente enojado y comenzó a caminar hacia su interlocutora—. Salvo que estés trastornada, no vas a matarme a sangre fría.

Desde luego, siempre cabía la posibilidad de que de hecho lo estuviera, en cuyo caso él estaría disfrutando de sus últimos momentos en este mundo. Para un hombre con fama de ser tranquilo y contenido, resultaría tremendamente irónico morir por un arrebató de genio.

En cualquier caso, se sentía realmente enfadado, y su humor no mejoró al acercarse lo suficiente como para verla con más claridad: no llevaba puesta la larga túnica larga hasta los tobillos propia de una mujer, sino la corta, de un hombre, que le llegaba por encima de las rodillas. Tenía el cabello castaño dorado peinado en una trenza y firmemente enrollado en la cabeza. Su piel estaba muy bronceada, lo que hacía pensar que pasaba mucho tiempo al aire libre. Era delgada, pero los brazos desnudos con los que sostenía el arco se mostraban tersos y musculados. Tenía los ojos grandes y bien delineados; la nariz, sorprendentemente coqueta, y la boca...

Aquella boca era carnosa, exuberante y decididamente tentadora, por muy tensa que pareciera en aquel momento.

Aún contemplaba Gavin aquellos labios cuando la mujer contestó:

—No estoy trastornada.

—Me alivia sobremanera oír eso.

—Si vienes en son de paz, ¿por qué necesitas una espada?

—Bueno... La verdad es un tanto vergonzante.

—Gavin acertó la distancia entre ellos—. Cuando me puse la falda esta mañana me di cuenta de que le faltaba la hebilla. Tenía prisa, así que pensé que el cinto de la vaina sostendría bien la prenda. Ahora quieres que me despoje de la espada, pero creo que, si lo hago, también

me desharé de la falda, y el hecho es que no llevo nada debajo...

Los ojos de la chica iban abriéndose cada vez más. Gavin se fijó en que eran de un color marrón profundo vetado de oro. La treta surtió efecto: la mujer se mantuvo perpleja y distraída el tiempo suficiente como para que Gavin recorriera la distancia que aún los separaba, le agarrara ambos brazos y le quitara el arco con un giro de muñeca.

—¡Maldito seas! —gritó ella mientras se resistía con fuerza.

Por fin Gavin la soltó, en parte para no herirla, pero también sabedor de que bien podía ser él quien recibiría algún golpe. En cualquier caso, el breve contacto con ella le había bastado para caer en la cuenta de que, a pesar de vestir y actuar como un hombre, no cabía duda de que se trataba de una mujer ágil y esbelta, si bien con sus curvas donde más importaba.

Dio una patada al arco para ponerlo fuera de alcance mientras trataba de alejar aquellos indeseados pensamientos de su cabeza y comentó:

—La primera lección del entrenamiento guerrero es que no se blande un arma frente a un contrario salvo que se quiera matarlo.

Ella lo observó con recelo pero aún sin muestras de temor, como bien notó Gavin. De hecho, desarmada como estaba, continuaba defendiendo su terreno con valentía y empeño.

—¿Estás diciendo que debería haberte disparado?

—Estoy diciendo que ambos deberíamos comportarnos como personas civilizadas.

Y ello a pesar de que los sentimientos que ella le provocaba eran todo menos civilizados. Si al principio

habían sido de rabia, ahora se correspondían con algo totalmente distinto, aunque igual de ardiente y animal. Aquello era absurdo. Él era un caballero: culto, educado, un hombre de ciencia y de razón. Las mujeres eran criaturas maravillosas, sin duda, y la pasión constituía uno de los magníficos regalos de la Creación, pero en el lugar y el tiempo adecuados, siempre convenientemente controlados.

Y en aquel momento no se sentía controlado, ni mucho menos. Con un esfuerzo que no debería haber sido necesario, se presentó:

—Me llamo Gavin Hawkforte. ¿Y tú?

Al oír aquel nombre, la chica retrocedió un poco más. ¿Lo imaginaba él o había palidecido levemente? Lo miró y respondió, aunque esta vez con el tratamiento apropiado.

—Vuestra madre es la princesa Cassandra, de la dinastía de los Atreidas, y vuestro padre, lord Hawk, el halcón, ¿verdad?

Aquella exposición de su linaje lo pilló por sorpresa. Aunque Gavin sabía que él y su familia eran personajes públicos no sólo en Ákora sino también en Inglaterra y otros lugares, el grado de conocimiento general sobre ellos lo dejaba siempre sorprendido.

—Así es como lo llaman aquí. En Inglaterra es el conde de Hawkforte.

Los ojos de la chica se posaron sobre el arco, aunque no hizo ningún intento por cogerlo. Volvió a mirar a Gavin y le preguntó:

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Todo a su tiempo. Yo ya te he dicho mi nombre. ¿Cuál es el tuyo?

La chica dudó, pero al cabo de un momento, dijo:

—Me llamo Persephone.

Se trataba de un nombre extraño para poner a una niña, pues recordaba a la leyenda de la hija de la Tierra, que fue raptada y llevada al inframundo. En cualquier caso, Gavin se limitó a asentir.

—Persephone... ¿Qué es lo que te trae a Deimos?

—Yo iba a preguntaros lo mismo. Ví lo que hacíais. ¿Por qué habríais de necesitar instrumentos de medición?

No había duda de lo desafiante de sus palabras. Aun así, Gavin respondió sereno.

—Sólo estoy tomando algunas medidas.

Ella frunció el ceño y de nuevo posó la mirada en su arco, aunque se contuvo.

—¿Acaso los Atreidas planean construir algo en Deimos?

—¿Construir? ¡No, claro que no!

—La pregunta no es tan absurda como la hacéis parecer. ¿Qué razón hay para medir salvo que uno quiera construir?

—No existe tal intención. Sólo estoy continuando un estudio anterior, tomando algunas medidas para comparar. Eso es todo.

La risa de la chica sonó dura y burlona.

—¿Un príncipe de la dinastía de los Atreidas desempeñando la labor de un artesano? Cuesta creerlo.

—¿Por qué? Mi hermano, mis primos, todos nos ocupamos de todo tipo de tareas. De todos modos, te he contado por qué estoy aquí. Ahora yo te pregunto lo mismo.

Y pobre de ella si no contestaba. Por más encantadora que fuera, por muy inusuales que fueran sus ropajes y sus modales —por no mencionar su decidida acti-

tud—, por más hermosa que le pareciera —cada vez más a medida que pasaba el tiempo—, él haría lo que debía; es decir, desplegaría su cortesía y ninguna tontearía más.

La chica se quedó callada el tiempo suficiente como para que Gavin pensara que no tenía intenciones de responder y para que considerara igualmente qué podía hacer al respecto. Por fin, ella contestó:

—Vivo aquí. Deimos es mi hogar.

Aquello no podía ser cierto. Lo que parecía ser un día perfectamente normal no podía acabar con la aparición de un hombre tan extraordinario. Sencillamente, aquel tipo de cosas no ocurrían en su anodina y solitaria vida. Había lanzado una flecha a un príncipe de los Atreidas y el pulso no le había fallado. Sólo eso ya era impresionante. En cuanto al propio príncipe...

¡No, no debía! Tenía que limitarse a seguir respirando, a seguir caminando a su lado, a seguir fingiendo que todo iba bien. Él apenas había reaccionado a su anuncio de que vivía en Deimos, pero a ella no la engañaba. Él era un guerrero y se había criado y entrenado como tal. Ese tipo de hombres eran siempre peligrosos, y no porque no fueran soltando lo que pensaban por ahí como si se tratara de migas para los pájaros, sino porque se reservaban su opinión y esperaban el momento idóneo para atacar.

Le había devuelto el arco. Tras haberla desarmado sin aparente esfuerzo, le había devuelto su arma mientras se acercaban a la cueva. Tampoco la había herido. Podría haberlo hecho con facilidad, pues aunque ella era una mujer alta, él era de mayor estatura; más aún, su

torso desnudo revelaba unos hombros imponentes y musculados que anulaban cualquier posibilidad de enfrentarse a él y vencerlo.

Debía de ser, calculó ella, de su misma edad; o sea que tendría unos veinticuatro años o quizá alguno más. Formaba parte de una de las generaciones jóvenes doradas que más apreciaba el pueblo akorano: la de los niños de la dinastía de los Atreidas, independientemente de la rama a la que perteneciera. Llevaba el cabello, rubio oscuro y muy poblado, hacia atrás, y le llegaba casi hasta los hombros. Los ojos se situaban, profundos, sobre una afilada nariz. La piel de aquel rostro anguloso estaba tersa y bronceada por el sol. Se percató de que era increíblemente masculino, de un modo que ella no había visto jamás. Bueno, en realidad, al haber optado por vivir apartada de la sociedad, era muy poca la gente que había visto a lo largo de su vida.

—En serio, sólo estoy tomando medidas —insistió él cuando llegaron a la entrada de la cueva—. Y no pretendo que te ocurra nada malo.

Sería mucho más fácil creer lo que le decía, pero aún albergaba algunas dudas. Ella no conocía a los Atreidas, aunque sí había oído hablar de ellos y había estudiado su extraordinaria historia, que aparecía descrita en sus preciados libros. Durante más de tres mil años, los miembros de esa familia habían gobernado Ákora en una línea inquebrantable que hablaba de su valía, su tenacidad y, cuando se había hecho necesario, su carácter aguerrido. Que uno de ellos apareciera allí en aquel momento no podía ser una mera coincidencia.

—Está bien —aceptó. Luego preguntó despacio—: ¿Y qué es lo que estáis midiendo?

—La elevación de varios puntos alrededor de la isla.

—¿Para comparar, habéis dicho?

Gavin asintió.

—Hace unos cien años se llevó a cabo un estudio. Encontré los datos en la biblioteca de palacio.

—¡Ah, sí! La biblioteca —repitió la chica, que había esbozado una sonrisa sin querer.

—¿La conoces?

—La visito de vez en cuando.

El palacio y su magnífica biblioteca dominaban la ciudad real de Illión, la ciudad que ella evitaba salvo en esos momentos en los que el peso de la soledad la aplastaba o el hambre de conocimiento se volvía intolerable. Tenía pensado ir allí en breve para contarle a la gente que la asustaba lo que había descubierto. Ahora parecía que uno de ellos se le había adelantado.

—¿Y dices que vives aquí? —preguntó Gavin.

—Es que vivo aquí —corrigió ella.

—¿Con tu familia?

Su curiosidad parecía no tener límites. Ella ya había notado que poseía una mente fuerte e inquieta que presentaría las mismas dificultades para ser derrotada que las que había desplegado su cuerpo.

—No tengo familia —respondió mientras miraba el instrumento que había en la bolsa abierta—. ¿Eso es un sextante?

—Sí, sí... Bueno, todo el mundo tiene una familia.

—Esa afirmación es obviamente incorrecta porque yo no la tengo.

Aunque ella pensó que su lógica era irrefutable, no pareció impresionar a Gavin.

—En Ákora hay poco más de trescientas cincuenta mil personas —explicó—; a excepción de los *xenos*, los extranjeros recién llegados aquí, todos estamos empa-

rentados entre nosotros de varias formas. Eres claramente akorana, así que debes de formar parte de esa red de parentescos.

—Si vos lo decís. Yo digo que carezco de familia, al menos de una que yo conozca. ¿Por qué queríais repasar un estudio de esta isla que se llevó a cabo hace un siglo?

—¿Cómo logras sobrevivir aquí sola?

La pregunta pareció divertir a Persephone, pues hacía referencia a una soterrada creencia que había entre los akoranos y que ella había descubierto a través de sus lecturas: Ákora era un lugar en el que «los guerreros mandan y las mujeres sirven». Había que asumir, por tanto, que las mujeres eran incapaces de vivir o actuar con autonomía, y que dependían de sus benevolentes amos, los hombres, que eran quienes las cuidaban. La sola idea de que aquello pudiera ser cierto hacía que se le formara un nudo en el estómago.

—Se me da muy bien cuidar de mí misma —contestó con orgullo.

—Eso parece. ¿Cuánto hace que vives aquí?

—Mucho tiempo. Hacéis demasiadas preguntas, príncipe Atreidas.

Gavin ignoró el comentario y continuó mientras la observaba con una intensidad desconcertante.

—Entonces, conocerás esta isla muy bien.

—Así es —asintió Persephone.

Gavin dudó como si estuviera tomando una decisión. Sin darle demasiada importancia, como si la pregunta fuera irrelevante, inquirió:

—¿Y has notado que ocurra algo raro últimamente?

Entonces lo supo, de un modo que había ido haciéndose evidente desde que había descubierto quién era él

y lo que estaba haciendo: un príncipe de Ákora que iba a Deimos, que iba a medir la tierra y a buscar respuestas. Ella había creído que tendría que ir a buscarlos, convencerlos, hacerles creer, pero ahora sabía que ya no sería necesario. Todo lo que tenía que hacer era mostrárselo.

—He visto lo que creo que constituye la verdadera razón de que hayáis venido hasta aquí.

Persephone lo miró a los ojos y vio en ellos sabiduría y fuerza, y rezó por que lo que veía fuera real.

A su alrededor, la isla estaba sumida en una profunda quietud. Las hojas de las palmeras colgaban inmóviles y las flores carmín de los hibiscos ni se agitaban. La luz del sol se reflejaba en el mar azul celeste y en las doradas playas, así como en las verdes praderas y en los riscos negruzcos. El tiempo mismo parecía inerte, aunque avanzaría inexorable y pesadamente. No había forma de escapar de él. Y ellos serían arrastrados a cualquier destino que los esperara, y se verían forzados a soportarlo lo mejor que pudieran.

Era mejor, por tanto, enfrentarse a la verdad y esperar que aquel hombre pudiera de algún modo aliviar el horror que ella presentía acercarse.

Con tranquilidad, en aquel día dorado y sereno, dijo:

—El volcán que acabó con Ákora hace más de tres mil años está despertándose.

## Capítulo dos

—Enséñamelo —la urgió Gavin, que no puso en duda lo que ella acababa de decir ni manifestó sorpresa alguna, sino que se limitó a abordar la cuestión y pedir que le mostraran la prueba.

Ambos abandonaron el luminoso día para adentrarse en la cueva. Mientras esperaba a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, Gavin se dio cuenta de que Persephone recogía astillas y madera de una caja que había a la entrada y las golpeaba para provocar una chispa, que empleó luego para encender una pequeña lámpara.

—El aceite de ésta durará dos horas —advirtió. Luego tomó una segunda lámpara y se la entregó apagada a Gavin—. Guardad ésta de reserva. Está muy oscuro en la mayoría de las cuevas. Perderse en tal penumbra equivale a perecer.

—¿Has explorado estas cuevas? —Cuando ella asintió, Gavin inquirió—: ¿Sola?

—Tuve mucho cuidado.

—Aun así...

Imaginársela sola en unas circunstancias en las que un paso en falso o un mal cálculo podían significar una muerte lenta en la oscuridad le resultó impactante, dado

que había sido educado para proteger siempre a las mujeres. Hubo de resistir el impulso de agarrarla y decirle en tono convincente lo imprudente que había sido.

—Si no las hubiera explorado —le recordó Persephone hablándole por encima del hombro mientras avanzaba hacia el pasadizo que llevaba más adentro en las cuevas—, no sería capaz de enseñaros lo que estáis a punto de ver.

No podía discutirsele, así que ni lo intentó, aunque arraigó firmemente en él la convicción de que aquel modo de vida que ella llevaba no era seguro.

Avanzaron a través de un pasadizo que iba estrechándose al mismo tiempo que descendía. El aire se enfrió primero para luego volverse cálido. La lámpara emitía un mínimo halo de luz. Gavin seguía de cerca a Persephone, tanto como para ser plenamente consciente de su aroma en los confines de aquel pasaje angosto: olía a sol y a sal, al bendito exterior y a rosas silvestres.

Las rosas silvestres abundaban en Ákora: en la isla oriental de Ilión, donde se alzaba la ciudad real; hacia el oeste, en Leios, un istmo de llanuras conocido por su majestuosa cría de caballos, e incluso en las tres islas menores que había en medio. En los días cálidos de verano, el aroma de todas esas rosas ascendía con el aire templado y resultaba embriagador. Las akoranas parecían saberlo bien, pues extraían de aquellas flores un perfume de rara belleza y, se decía, tentador.

Él dudaba que la mujer que había estado tan cerca de haberle clavado una flecha llevara puesto aquel perfume, pues era difícil conseguirlo allí, en Deimos. Sin embargo, sí podía haber recogido pétalos de rosa, haberlos aplastado, haberse frotado el aceite extraído sobre la piel o esparcido en el agua al bañarse...

Estaba perdiendo la cabeza, sin duda como resultado de varios meses de tensión. Llevaba mucho tiempo pensando en Ákora, midiendo cada loma y cada grieta, preocupado por los números que obtenía y por la producción de un informe que su familia había visto y sobre el que habían opinado unánimemente que era un «interesante» punto de partida que merecía la pena «investigar más a fondo», a pesar de que él creyera que podía tratarse de una señal de verdadera emergencia.

Así que allí estaba él, deseando a una mujer que acababa de conocer, cuando debería concentrar su mente en otros asuntos ciertamente urgentes. Hacía tiempo que albergaba la sospecha de que los hombres contaban con dos cerebros: uno situado en el lugar habitual y otro, considerablemente más abajo y mucho más simple en su interés y dirección. Como teoría científica, no estaba probada, pero él estaba convencido de que era cierta. Honestamente, ¿acaso había algún dato que pudiera refutarla?

—Ya casi hemos llegado —informó Persephone.

Cuando el techo del pasadizo se hizo de pronto más bajo, ella se inclinó hacia adelante. Gavin la siguió aunque hubo de agacharse casi el doble antes de que el camino se ensanchara de nuevo hasta desembocar en una cueva de mayor tamaño. O al menos eso creyó él por la forma en que la voz de Persephone reverberó en cuanto entraron. El halo de la lámpara alumbraba muy poco y apenas permitía ver unas grandes sombras que parecían desvanecerse en el infinito.

—Creo que solía haber pasadizos mucho mayores cerca de aquí —aclaró—, pero han quedado cerrados por el derrumbamiento de rocas.

—El traidor Deilos encerró a mi madre y a mi padre aquí hace veinticinco años —explicó Gavin—. Él y sus hombres provocaron una explosión en un intento de acabar con sus vidas.

Persephone guardó silencio durante largo rato. Él no podía verle la cara, pues se había retirado a la penumbra que se extendía más allá de la zona iluminada.

—¿De veras? —reaccionó al fin—. No lo sabía.

—Después, mi tío, el *vanax* Atreus, ordenó que se sellaran más pasadizos que pudieran ser peligrosos.

Al fondo de la cueva, otro camino descendía aún más. El aroma de las rosas se desvaneció anulado por el olor acre de la lava. Gavin se dio cuenta de que podía distinguir los muros del pasadizo con mayor claridad, si bien no por la lámpara que llevaba Persephone, sino gracias al resplandor rojo que apareció ante ellos.

Ambos abandonaron el camino hasta situarse en un estrecho saliente situado sobre un caldero bullente de lava, donde se formaban finas y negruzcas costras que se disolvían en estanques de fuego líquido. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista y hervía a borbotones contra los bordes de la misma especie de cornisa en que se encontraban. A Gavin se le ocurrió pensar que se había adentrado en el mismísimo Hades, pues ningún lugar podía parecerse más al inframundo de la leyenda.

—Cuando descubrí este sitio —comentó Persephone—, la corriente de lava era muy pequeña.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace diez años.

—¿Tanto tiempo llevas en esta isla?

Gavin pareció sorprendido al calcular que por entonces ella no debía de tener más de trece o catorce años.

—Vine aquí con mi madre poco después de nacer.  
Gavin apartó la vista del infierno y observó el juego de sombras que se dibujaba en el rostro de Persephone.

—¿Y dónde está tu madre ahora?

—Murió hace años. Yo decidí quedarme aquí.

—No alcanzo a imaginar por qué hiciste algo así, o por qué no hubo nadie de tu familia que te lo impidiera.

—Ya os lo dije...

—Ya, no tienes familia. Sí, es lo que has dicho. Quizá sería mejor que habláramos de eso después.

—O que no lo habláramos. Durante el tiempo que llevo viniendo aquí, he visto la lava aumentar a altibajos en lo que parece un proceso natural, quizá uno que lleva mucho tiempo produciéndose.

—También hay corrientes de lava por debajo del palacio —añadió Gavin—. Siempre siguen el mismo ciclo y nunca han supuesto ningún peligro.

Persephone asintió.

—Esto es distinto. Hace unos cuatro meses, la lava empezó a extenderse y no se ha detenido desde entonces. Ahora está mucho más alta de lo que yo haya visto jamás. Pronto, creo, sobrepasará este saliente y empezará a verterse en la cueva. —Se detuvo y contempló aquel bravío infierno—. O quizá suceda algo peor. Quizá lo que vemos ahora no es sino un aviso de las fuerzas terribles que trabajan bajo la tierra y se preparan para destruirnos.

Gavin no negó aquella posibilidad ni las horribles imágenes que conjuraba. ¿Cómo podría hacerlo si él mismo llevaba días y noches desde hacía meses con el temor de que estuviera avicinándose una tragedia como aquélla? No obstante, preguntó:

—¿Has notado algún otro cambio?

—Han aparecido nuevas bolsas de lava en otras zonas de la isla, aunque por ahora son de tamaño reducido.

Gavin se agachó y miró la lava fijamente. Era lo que había visto en otros sitios, algo que no era del todo sorprendente en un grupo de islas que debían su existencia a un volcán. Con todo, aquel reciente aumento era una mala señal.

Algo se agitaba en Ákora, algo que él trataba desesperadamente de comprender. Hasta aquel momento, ninguno de sus instrumentos, ecuaciones, observaciones y análisis lo llevaba a otra conclusión que no fuera la más obvia: que el hogar que amaba y el pueblo que apreciaba estaban a punto de experimentar un desastre catastrófico. O no. Sencillamente no sabía cuál era la verdad, al menos todavía no.

—¿Has hablado de esto con alguien? —le preguntó mientras se ponía de pie.

—Pensaba ir a Ilión, pero dudaba porque no sabía si me creerían.

Él, que gozaba de una privilegiada situación de poder, se enfrentaba al mismo problema, aunque se abstuvo de contarlo; ya volvían sobre sus pasos. Apenas habían avanzado cuando Persephone tropezó de repente: Gavin logró sostenerla antes de que ella se agarrara al muro del pasadizo.

Al cogerla, no pudo evitar sentir el calor y la suavidad de su piel, notar cómo tomaba aliento repentinamente y cómo, por un instante, se apoyaba en él. Persephone depositó, seductora, la cabeza en el hueco del hombro desnudo de Gavin antes de enderezarse bruscamente.

—Estoy bien —dijo.

—Pero si casi te caes —precavido, Gavin añadió—: con la lámpara.

—Lleváis la otra. En circunstancias normales la llevaría yo misma.

—De poco uso sería si te cayeras y se rompiera también, o si te hirieras o quedaras inconsciente.

—Nunca me ha ocurrido algo así.

—¿Y por eso asumes que no puede pasarte?

A la luz tenue y titilante de la pequeña llama, Gavin vislumbró su rostro, pálido y tenso. Despacio, Persephone respondió:

—Éste es mi hogar. Aquí estoy segura. —Lo miró a los ojos y añadió—: Al menos lo estaba.

Tras lo cual se dio media vuelta y salió rápidamente de la cueva, dejando que Gavin la siguiera. Estaban ya bajo la luz del sol cuando se dignó hablarle de nuevo. Miró el equipo de estudio que él había dejado fuera y preguntó:

—¿Qué es lo que habéis descubierto que os ha llevado a la misma conclusión que saqué yo?

Gavin la miró fijamente sin responder. Ella era totalmente nueva para él. Las mujeres de su familia eran tenaces y de fuerte personalidad; sí, pero eran también amables, genuinamente bondadosas y, la verdad fuera dicha, aficionadas a hacer felices a los hombres que las hacían felices a ellas.

Las mujeres que él conocía fuera del ámbito de su familia cubrían el abanico que iba desde las interesantes hasta las anodinas, pero todas compartían algo: un sensato deseo de mantener de buen humor a un príncipe de Ákora que además era el heredero de un condao. Hasta ese momento Gavin no había apreciado demasiado el esfuerzo.

La irritable Persephone era totalmente distinta: cautelosa, desconfiada y rayana en la grosería; por no mencionar que era la única mujer que le había disparado una flecha en su vida.

—¿Tu conclusión de que el volcán está despertándose? —quiso confirmar Gavin, que no veía razón alguna para satisfacer su curiosidad, si bien tampoco nada que justificara no hacerlo—. La respuesta a esa pregunta es larga y ya se hace tarde. Tengo que montar el campamento.

—¿Pasaréis aquí la noche? —preguntó con una sorpresa que no podría haber sido más clara, como tampoco más transparente su desaprobación.

—He estado durante largo rato desde Fobos y no tengo ninguna intención de hacer hoy el viaje de regreso. Además, aún debo hacer muchas mediciones —aclaró Gavin con calma.

Estaba en todo su derecho, y ella estaba siendo especialmente desagradable al sugerir que la presencia de Gavin no era bienvenida. Aquella no había sido su intención realmente. No era culpa suya que la hiciera sentir... ¿Qué? ¿Confusa, distraída, tentada, nerviosa? Todo eso y más. No estaba acostumbrada a tratar a la gente, pero aun así, debería haber sido capaz de hacerlo mejor. Y quizá lo habría hecho si él no hubiera sido tan... todo. Nada de eso, sin embargo, hacía aceptable que ella se comportara como una arpía.

—Lo siento —se disculpó en lo que hasta a ella misma le pareció un gruñido—. Es sólo que aquí no suele haber visitas.

Gavin se encogió de hombros, pero Persephone pudo ver que el enojo no le duraba demasiado. Puede que, como parecía, fuera un hombre poco dado a per-

mitirse estar enfadado mucho tiempo, al menos no si no había una buena razón para ello.

—No pretendo molestarte —explicó él—. Acamparé en la playa, aunque mañana agradecería que pudieras enseñarme más de la isla.

—En la playa hay cangrejos —se adelantó antes de poder pensarlo mejor.

—¿Cangrejos?

—Unos cangrejos pequeños de color azul con unas pinzas muy afiladas. Salen por la noche y suelen morder.

Gavin hizo una mueca y enseguida sonrió.

—Gracias por tu advertencia. A lo mejor se te ocurre algún sitio más cómodo.

Persephone dudó, consciente de lo que no debía hacer. Y luego lo hizo igualmente.

«Que mi espíritu se explye como el de un niño, libre y sin obstáculos. Que dance entre las motas de luz y cante de alegría.»

Eso era lo que uno de los grandes poetas de Ákora había escrito en una obra que ella apreciaba, quizá en mayor medida por no haber sido nunca como el niño de los versos. Con todo, allí de pie, frente a la cueva y la luz menguante de la tarde, sin dejar de mirar al hombre que había aparecido tan de improviso en su mundo, su espíritu se atrevió a encenderse e incluso a saltar.

—Será mejor que vengáis conmigo.

Ante su invitación, si es que realmente podía tomarse como tal, Gavin arqueó una ceja pero, por fortuna, no dijo nada. En silencio, ambos se alejaron de las cuevas y ascendieron por las colinas hasta el centro de la isla. La subida era empinada, pero la vista, cuando alcanzaron la cumbre, resulto ser maravillosa. Hacia el oeste, el sol se ponía sobre la isla de Leios y el cielo, que

hacia el este cubría la ciudad de Ilión, mostraba ya las primeras estrellas titilantes, mientras ascendía una luna creciente que dejaba una estela de plata sobre las aguas del mar Interior.

—¡Es magnífico! —alabó Gavin en un susurro.

Tras depositar en el suelo la bolsa en la que llevaba la tienda y los palos, Gavin se quedó de pie con las manos sobre las caderas mientras estudiaba aquellos nuevos dominios.

Unos dominios que le pertenecían a ella, se recordó Persephone a sí misma. Su hogar, donde había vivido sola desde la muerte de su madre, acaecida hacía más de diez años, y adonde nunca había invitado a ningún otro ser humano. De pronto se notó nerviosa. ¿Y si a él le parecía que era un lugar pobre o, peor aún, un lugar ridículo? Lo había construido ella misma casi por entero gracias a los conocimientos de carpintería que le había transmitido su madre, quien, a su vez, había aprendido de su padre antes de que su vida se hubiera visto cubierta por un manto de vergüenza y de dolor. También había allí mucha experimentación y mucho aprendizaje de los propios errores, pero Persephone se sentía orgullosa de lo que había conseguido. Aun así, no se desanimó, nada de lo que él viera podría compararse con las glorias que constituían una parte tan rutinaria de su vida de príncipe.

No obstante, él observaba a su alrededor con lo que parecía ser verdadero interés y creciente sorpresa.

—¿Es eso una casa construida en un árbol? —preguntó con la vista fija en la estructura que colgaba de lo alto de un sólido castaño que se alzaba unos nueve metros sobre el suelo del claro.

—Lo es. Me gusta sentarme allí arriba en los días calurosos. Suele correr una brisa muy agradable.

—¿Cómo conseguiste subir la madera hasta allí arriba?

—Con un engranaje, unas poleas y una soga resistente. No me costó mucho.

Gavin la miró más de cerca.

—¿Entiendes de todo eso, de cómo conectar engranajes y poleas para que resulte menos costoso elevar un peso?

—¿Acaso se asume que esa capacidad queda más allá de las posibilidades de una mujer?

—Yo no he dicho eso —respondió él, paciente—. Aférrate si quieres a ese tipo de argumentos, pero no te hacen falta, al menos conmigo.

La reprimenda, si es que podía llamarse así, hizo que Persephone se sonrojara. Sin embargo, no tenía intenciones de recular, al menos no del todo.

—No me toméis por una ignorante porque haya vivido la mayor parte de mi vida en esta isla —adujo—. Siempre he tenido libros a mi disposición.

—Eso está bien, pero no puedes aprenderlo todo de los libros.

—Es igual, he aprendido mucho, sobre todo de la vida akorana. Por ejemplo, sé muy bien que se supone que las mujeres deben limitarse a servir mientras son los hombres los que gobiernan.

Gavin la observó durante un buen rato antes de romper a reír a carcajadas.

—Que «las mujeres sirven y los hombres mandan». ¿Es eso lo que crees?

Persephone lo miró detenidamente para tratar de descubrir qué era lo que lo divertía tanto.

—Por supuesto. ¿No es ésa la primera y la más importante de las leyes akoranas?

—Supongo que podría decirse que sí, pero sabrás que hay una segunda parte, ¿no? —Al no obtener respuesta, Gavin continuó—: «Ningún hombre puede dañar jamás a una mujer.» Eso es lo primero que aprende un niño en cuanto es capaz de entender algo. Lo aprende de su padre, de su abuelo y de sus tíos, de sus hermanos mayores si los tiene, de sus maestros, de los jefes en el entrenamiento guerrero, de todo el mundo. Y lo ve también en la práctica a su alrededor. ¿Cuánto crees que les llevó a las mujeres aducir que ser requeridas únicamente para servir sería perjudicial para ellas?

—No lo sé —reconoció Persephone con los ojos clavados en los de él.

Gavin había adoptado una expresión de total seriedad mientras describía una realidad completamente distinta de cualquiera que Persephone hubiera conocido.

—Nuestra mejor estimación está en dos días —informó con un tono inexpresivo—. Y eso ocurrió hace más de tres mil años. Aún estamos tratando de asumirlo.

—Bueno, pero hay hombres que dañan a las mujeres.

Ella lo sabía muy bien, y él no podría convencerla de lo contrario.

—Eso es cierto —admitió con calma—, pero son muy pocos. Tratamos con dureza a esos delincuentes.

—¿De verdad?

Ella sabía de uno al que habían tratado con dureza, aunque por razones bien distintas.

—¿Acaso no se mencionaba eso en tus libros?

Sí, sí lo mencionaban, pero ella había prestado muy poca atención a lo que había asumido que no eran sino

meras palabras sin poder alguno en la vida real. Con todo, sí que había estado dispuesta a creer otras cosas. Quizá debería abrir su mente a la posibilidad de que no todo fuera como ella pensaba.

Desde luego, ese príncipe Atreidas no lo era. La miraba y hacía que se sintiera mujer. Se veía al mismo tiempo amenazada y tentada, lo que carecía de todo sentido. Hablaba con ella de buena gana, como si se dirigiera a una igual, y aquello no encajaba en lo que ella pensaba que sabía. Era inteligente y sonreía con facilidad.

En cuanto a su aspecto...

No había razón para entretenerse en eso, ninguna razón.

—Imagino que estaréis hambriento —comentó ella, quien desde luego sí lo estaba, aunque no era sorprendente que así fuera. Su vida era activa y su apetito igualmente sano en consecuencia. Además, le gustaba cocinar.

—Muerto de hambre —reconoció—. Pesqué un par de peces en Fobos ayer, no estaban mal, aunque nada de lo que cocino parece quedar muy sabroso.

—¿Cocináis?

La sola idea dejó perpleja a Persephone. Debía de tener sirvientes que se ocuparan de ello.

—Mi familia cree que la gente debe ser capaz de gestionar sus necesidades básicas. Y eso incluye cocinar.

—¿Y no sois buen cocinero?

—No he dicho eso. Puedo arreglármelas para no comer nada que esté crudo.

A Persephone le temblaron las comisuras de los labios.

—Es un comienzo.

—El problema es que acabo con todo quemado o seco o con un aspecto poco apetecible.

—Veré si puedo mejorarlo —respondió antes de dirigirse a la pequeña cocina que se encontraba al final del claro.

Gavin la siguió. Estaba verdaderamente impresionado. Lo que veía a su alrededor no era sino el resultado de años de mucho trabajo, tenacidad y más que una pequeña dosis de ingenio. En cierta manera, el conjunto de pequeñas cabañas, cada una de las cuales parecía tener su particular función, el cuidado jardín y la casa del árbol parecían un paraíso rústico. Debía recordarse a sí mismo que conformaban la morada de una persona que vivía absolutamente sola. Y aunque él era un hombre al que le gustaba la soledad para dedicarse a sus propios intereses, no alcanzaba a concebir una existencia como aquélla.

Persephone cocinó una sopa de erizos de mar. Con ella sirvió un pan ácimo, de aspecto plano, horneado sobre una piedra y hecho con semillas que crecían silvestres en la isla.

—Es increíble lo que crece aquí —explicó mientras comían—. Creo que Deimos debió de estar habitado en algún momento porque hay muchas plantas que parecen haberse asilvestrado después de haber sido cultivadas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gavin mientras tomaba la sopa, que resultó estar sorprendentemente buena. Él tenía hambre, cierto, pero desde luego ella tenía buena mano con los condimentos.

—Porque requieren más cuidados de los que suelen necesitar las plantas silvestres. Son muy vulnerables a la maleza, por ejemplo, y crecen mejor cuando se emplean algas y espinas de pescado como abono.

—Puede ser —admitió Gavin—. No he estudiado la historia de esta isla más que a través de sus fenómenos geológicos. Sin embargo, sí sé que perteneció a la familia de Deilos durante muchos años.

Persephone se levantó con brusquedad y recogió los cuencos —medias cáscaras de nuez de palma— para llevarlos a la cocina. Luego volvió con una cazuela de hierro donde hervía algo de aroma delicioso.

—¡Marinos! —exclamó Gavin sin dar crédito.

El guiso de pescado era lo más parecido al plato nacional de Ákora. Cada familia conservaba su receta favorita. Había concursos anuales para determinar cuál era la mejor, aunque parecía que las preferencias eran cuestión de gustos personales. Al parecer, Persephone había conseguido una receta ganadora.

—¿Cuándo lo has preparado? —preguntó él al mismo tiempo que levantaba una cucharada del líquido en el que nadaban trozos de marisco, especias y hortalizas.

—Lo dejé haciéndose a fuego lento esta mañana y volví varias veces para añadir líquido.

—¿Mientras me vigilabas?

Incluso bajo la luz de la puesta de sol, Gavin pudo ver que Persephone se sonrojaba.

—Supongo que comprenderéis por qué me mostré cautelosa con vos.

—Dado que has pasado sola tanto tiempo, imagino que serás cautelosa con todo el mundo.

—No soy ninguna ermitaña.

—¿De verdad? ¿Y aun así vives aquí, apartada de la sociedad?

—Puedo disfrutar de las ventajas de esa sociedad cuando me place.

—¿Y cuán a menudo es eso? ¿Con qué frecuencia abandonas tu soledad?

—Varias veces al año. Voy a Ilión a por provisiones; y eso no es todo: también visito Fobos y Tarbos. De hecho, creo que conozco esas islas tan bien como cualquier otra persona.

—Me alegro. ¿Y Leios?

—También he estado allí. Es un lugar bonito.

—¿Y siempre vas sola?

—¿Tan difícil es de entender? ¿Acaso es tan improbable que una mujer sea independiente?

Él era un hombre justo, así que reflexionó sobre aquella idea. ¿Qué era lo que lo sorprendía e incluso lo entristecía de la vida de Persephone? Ella tenía lo que muchos, especialmente en la Inglaterra que él conocía, concebían como un paraíso y, desde luego, no parecía infeliz. Al contrario, se le antojaba como una mujer interiormente satisfecha.

Y ahí estaba el problema. Había algo en él, algo puramente masculino, que estaba molesto ante la idea de que así fuera: satisfecha sin un hombre, sin el niño o los niños que ese compañero pudiera darle, sin las pequeñas interacciones diarias entre hombres y mujeres que tejían el lienzo de la vida.

—La autonomía es buena —reconoció finalmente si bien a regañadientes, sin creérselo del todo.

Persephone le sirvió más marinos en el cuenco y, en el proceso, le ofreció la visión fugaz de sus pechos bajo la túnica.

Maravilloso. Estaba retornando a un estado de adolescente calenturiento, uno que no le había gustado particularmente cuando lo había vivido en su momento.

—Pero... —interrumpió ella.

—Pero los humanos, los hombres igual que las mujeres, somos seres sociales. Todos nos necesitamos unos a otros, al menos hasta cierto punto.

—Como ya te he dicho, voy a Ilión y a más sitios.

—Lo has dicho, sí. ¿Por qué vino aquí tu madre?

Persephone desvió la mirada y, por un instante, Gavin vio las profundas sombras que se agitaban en su interior.

—Tenía sus razones.

—Cuesta imaginarlas.

—Entonces tenéis suerte, príncipe Atreidas, de que la vida os haya ahorrado los sufrimientos que pueden sobrevenir a la gente.

—Tengo una vida privilegiada —reconoció—, pero no ignoro las dificultades a las que pueden enfrentarse las personas.

Persephone se encogió de hombros y se levantó con elegancia.

—Si vos lo decís. Me he levantado muy temprano y estoy agotada. Os deseo buenas noches.

Gavin se quedó un rato más sentado junto al fuego. Observó las ascuas resplandecientes y pensó en la lava de la cueva. También pensó en Persephone, en la de la leyenda y en la mujer que había conocido. Una atrapada en el inframundo y la otra, ¿qué? ¿Libre y satisfecha como deseaba hacer creer? ¿O cautiva de otro tipo, allí, en aquella isla marcada por una antigua traición y tal vez amenazada por un nuevo peligro?

Persephone se metió en una de las pequeñas cabañas y volvió a salir con lo que parecía una manta doblada. Sin dirigirle la palabra, trepó a la casa del árbol donde, al parecer, iba a dormir.

Gavin se tumbó en el suelo y al cabo de un poco se

cubrió con la manta que había sacado de la bolsa de lona. Envuelto en ella, se mantuvo con los brazos cruzados por detrás de la cabeza y observando las estrellas. Eran gloriosas, sin duda, pero él estaba más pendiente de la tierra que había bajo su cuerpo y que conservaba aún la calidez del día. Era un hombre terrenal, pensó, capaz de apreciar la belleza de los cielos, pero siempre atraído por ese suelo, el lugar en que había nacido.

A pesar de ser el primogénito y el heredero del gran condado de Hawkforte, había nacido en Ákora, pues su madre, la princesa, había elegido traerlo allí al mundo, y siempre había sentido un apego especial hacia aquel lugar. Apego que, aunque lo intentara, no podía sentir por Hawkforte.

Debería desarrollar ese cariño con el tiempo, pues sus responsabilidades eran para con Inglaterra. Con todo, su amor era para Ákora, en ese momento más que nunca, pues podía encontrarse en un peligro mortal.

Ákora, separada del mundo, orgullosa de su soledad y su soberanía. Persephone, irritable en cuanto a su insistencia por seguir así.

Gavin descansó en el seno de la tierra mientras la mujer y aquel lugar se entrelazaban en su mente hasta que por fin, y no sin dificultad, acabó durmiéndose.